

MEMORIA NAVIDEÑA DE JOSÉ DOMÍNGUEZ GUIZÁN

1

Estrellas rumorosas abrirían la noche.
No la tuya. Ya lentos por la orilla
del campo iban bajando con los ojos hundidos
en el camino pálido que no verías nunca.
Contigo avaramente- quise yo aquella tarde
cartar un himno misericordioso
y ellos ya regresaban de arrojarte a la sombra.

¡Otro hombre justo que naufraga!
La muerte, madre oscura de gestación inversa,
fantasma que despuebla corazones,
sobre tu carne vino desesperada y cínica.

Como arroyo corrías y te ha faltado el agua.

Tú fuiste cordillera con cabellos
colgados en el alba,
aliento cada invierno del Belén Electrónico,
aladid valeroso de las veinte parroquias,
la sombra de una torre
colgada en las colinas, escudo de esta tierra
que parece doncella bien vestida,
pero ya nunca más brotará la madera
donde yace tu cuerpo de cerámica triste.

2

¿Cuántos, buen sacerdote, cuántos?
Temblorosas callejas
vieron ayer estrellas como flores,
racimos de palabras empapadas de vida,
tu alegría de niño por cada Navidad
y poco a poco vamos goteando
hacia la tierra.

En los ojos, José Domínguez, te has llevado
los montes Carballosa y Leboradas,
arroyos Villaflores, Reiga, da Veiga, Nedo,
el amor de tus fieles parroquianos.

En silencio partiste, bello mar que refluye
lentamente: tu aroma es lo que queda.
En la tierra nas entrado como la luz en el vacío,
pasos profundos abandonando los caminos abiertos.
Si todo se acaba, don José, mejor en estos campos de Begonte
donde crecen los tojos de la misericordia,
mejor junto al rescoldo de este Belén tan tuyo
con la flor del olvido retenida en los labios.

3

Yo sé que llevas dentro
los sueños que se hundían en caminos pacientes,
las aguas de Ameneiro, Coutolousado, Parga,
robles, pinos, castaños, el sol de la Francesa,
aquellos hijos tuyos a los que tanto amaste.

Yo sé que has comprendido
que la vida es un agua que cada uno filtra
y aceptas la derrota,
la ceguera del perro de los muertos
sobre esta paz inmensa perturbada
por los pies que se enredan en los días,
sobre la humilde fidelidad
de tu cuerpo yacente
¡Oh lejanas campanas de rotaciones lentas
que parecían venir de Peña Chana!
¡Oh Belén de Begonte que es testigo
de tu amor por el Niño Jesús y por los niños
de todas las mujeres!

Hoy ya puedo decirte que el olvido es un círculo
 en la locura bella de la vida,
 que te lleva el alma de Begonte
 dentro de las pupilas,
 que las nubes son ramas del árbol del vacío
 y los muertos se posan en ellas
 como pájaros tristes.

Tu abrazabas
 estrellas navideñas atrapadas en caminos
 y ahora resignado te haces niebla y traspones
 el río de la noche donde croan los muertos.
 Por eso, ante tu cuerpo
 cubierto de silencio,
 entre aquellos que encienden funerarias antorchas,
 yo le pido a la altura
 que salgas a la sombra como se sale al día.

Quiero, hijo de Dios, que sepas
 que andamos todos con tus pies, que te evocamos
 por cada Navidad y se comparte
 la corona de espinas. Mi conciencia
 hoy redondea el azulejo frío
 de tus cabellos, muda se acompasa
 con la flor de la sangre, con la sombra homicida
 de este crujido inmenso de la madrugada
 abriendo los cerrojos de la ribera opuesta.
 Nada hay más puro, don José, que el amor a los muertos.

Nadie pudo salvarte. Los cipreses acechan
 cada paso distinto:
 como cazadores tienen los ojos largos.

Por la orilla del alba regresaban. Entonces
 -apóstol de Begonte y de su Navidad-
 Dios retuvo tu nombre.

Era cieno la vida sobre ribazos húmedos,
marea con vencejos patriarcales,
mortaja de dolor. Ella te salve,
aliento de esta tierra,
arroyo despoblado de energía
cuando el sol es insecto dormido en cada rama
y dora los sepulcros
alineados bajo la tarde como una dentadura.

Ya el musgo frío de tu corazón
agita sentimientos en el mar de la sombra.
Ya eres esa verdad que resplandece.